

den del Presidente; que esta no se les havia dado para el recebimiento que devian hacer; entonces le preguntó que sino havia llegado un oficio; respondió que no, y levantando el grito aquel malvado Clerigo, comenzó á declamar contra mi; decia que hera yo un infiel, un mal criollo, y que ya estaba conocido de antemano; que de intento no havia remitido el oficio, y que yo tenia la culpa de que aquellos Señores mis compañeros huviesen tenido aquel mal rato, y bochorno, y que así yo devia sufrir la pena impuesta á los demas: algunos de ellos apollaban con Balleza, dije yo entonces que el oficio lo remití con un Lego que se me brindó á traerlo, replicava y yo instava que quien puso, ó escribió el oficio fue el mismo Secretario, á esto dijo Hidalgo: *que hera cierto*: bien dijo Balleza pero no se remitió: repuso Hidalgo que á el le constaba que yo lo dí al Lego; pero quien quita dijo entonces Balleza que ¿el Señor le aconsejase al Fraile que no lo entregara? Puede ser respondió aquel y así que se busque al Lego: en este acto quedaron perdonados todos mis compañeros, y se mandó retirar la Guardia que havia hido ya á custodiar la casa del Señor Doctoral. Con instancia se buscaba al Fraile; pero este no pareció y yo quedé pendiente hasta su hallazgo: Dejo á la alta consideracion de VS. las afixiones de mi espíritu en este lance, entretanto continuo mi relacion.

Me retiré á mi casa, y como á las quatro y media de esta tarde me mandaron avisar mis compañeros, que los acompañase á la casa de Hidalgo, á convidarlo para la asistencia á una misa de gracias que se havia dispuesto para el dia siguiente: á ver si por este medio se aplacavan aquellas tierras: fui con ellos, se le hizo el convite, y se bolvió á tocar la especie del oficio: estava presente el Sr. Conde de Sierra Gorda quien dijo que no havia recibido tal oficio y Hidalgo insistió en que se buscase al Lego para aclarar la verdad: nos despedimos y yo me fui á mi casa á meter en la cama porque ya no podia tenerme en pie: mi familia asustada me preguntaba la causa de mi afixion, pero nada quise decirle de quanto me pasaba: serca de las seis de la tarde me llevó el Padre Apuntador un recado del Señor

Presidente, encargándome la Misa; yo le dije al Padre que estava vastante indispuerto, y mui ronco, á que me contestó que no havia otro canónigo que la cantara, y que si lo hacia algun Señor Racionero ó Medio lo tomara Hidalgo por nuevo desaire; me convine por ultimo en cantarla á vista de la opresion en que nos tenia aquel impio, y considerando por otra parte que si yo no lo hacia no hubiera faltado quien hubiese dicho mi negativa, y que de aquí tomara nuevo motivo para atormentarme mas porque en efecto todos ellos desde el principio me tuvieron por sospechoso, y no perdonaban medio para proporcionar mi ruina. El diez y ocho de Octubre pasó Hidalgo un oficio al cavildo avisando que sus muchas atenciones, y el deseo que tenia de desembarazar la Ciudad, no le permitian asistir á la Misa, pero que hiria su Teniente General Allende, á quien se recibiese como á su persona con arreglo á una ley de la Recopilacion de Indias que allí citó: fue con efecto Allende, y yo canté la Misa. En ella eché la coleta, y nombré los tres personajes de Pio, Manuel, y Fernando, al Evangelio se tocaron aquellos malvados los sombreros, y sacaron las Espadas. ¡Que horror! Ponerse en ademan de defender el Santo Evangelio, quando al mismo tiempo lo estaban quebrantando, y profanando públicamente. Interin se cantaba observé que Allende me miraba con ojos demasidamente airados, acaso seria porque no le agradó la coleta: Canté la Misa Señor, es verdad pero ¿quien podrá penetrar el por qué, como y con que fines ofreci aquel tremendo é incruento sacrificio? Dios lo sabe ante cuiá presencia adorable desplegué quanto pude todos los sentimientos de mi corazon, y no dudo que mis deprecaciones aunque tivias, é hijas de una alma corrompida fueron aceptadas en el trono del altísimo, porque aunque nos hizo sufrir por sus altos Juicios una captividad espantosa, nos saco de ella á los dos meses y diez dias, castigo mui corto para tantas culpas de que abundaba aquella Ciudad. Concluida la Misa, y dado yo gracias salia para mi casa, y al pasar el umbral de la puerta de la Iglesia, recibí un nuevo susto y un nuevo insulto del malvado Hidalgo: se me

presentó una gran guardia como de veinte hombres, un capitan, sargento, y cabo, todos mandados por Abasolo, se me encaró este y me dijo. *En busca de V. vengo*: no di en lo esterior muestras de mi sorpresa, le respondí, *¡aquí estoy*; *Lea V. ese oficio*, lo tomé y era de Hidalgo tan altanero como violento, en que me decia que acompañase á Abasolo á las Monjas y Colegios de Educandas para descubrir los bienes de Europeos (y cuio oficio se podrá ver aquí) entonces le supliqué á Abasolo que me dejase hir á mi casa á tomar chocolate, condesendió, y me llevó con la guardia, lo tomé y al instante salimos: me condujo con el mismo aparato de Guardia hasta el Colegio de Santa Rosa en donde nada declaró la Rectora, y solo havia un Baul por el que preguntó Abasolo, quien llevaba una nota de lo que contenia, y al dia siguiente se lo llevó: seguimos del mismo modo ya dicho á las Beatas Carmelitas, allí declaró la Reptora dos Baules propios de una Señora Solórzano Esposa de un tal Cosio, se mandaron abrir, y se hizo un inventario de lo que havia en ellos; lo mas hera ropa de muger, por lo que dije á Abasolo que aquello no devia llebarse, á que me contestó quedasen allí los Baules y daria parte. Al siguiente dia como á las siete de la noche se los llevó segun supe despues. Nos despedimos ya como á la una larga: me citaba Abasolo para hir esa misma tarde á las monjas catalinas, á que le contesté que allí no se podia entrar sin licencia del ordinario, porque no se podia quebrantar aquella clausura, sin incurrir en excomunion; dijo que se entenderia sino fuese mandado por su General á lo que le respondí: que yo no hiria hasta tener expresa licencia del Señor Gobernador de la Mitra; pues bien dijo entonces, *pidala V. esta tarde, y mañana haremos mandé un recado con el Pertiguero al Señor Gobernador, y este pasó orden á las Monjas para que nos recibieran*. Al siguiente dia diez y nueve como á las diez y media vino Abasolo con su misma Guardia y me condujo á las Monjas: ya me esperaba la Priora, quien se consoló con mi vista, segun dijo en secreto, pues temian que aquellos iniquos atropellasen su clausura: nos encaminamos á una Sala que llaman del

Aposentillo; allí congregada la Priora y su Definitorio, declararon no tener en su convento otra cosa que dos Baules, y una Petaca propios de un tal Carrio; quise yo que se abrieran, pero no havia Llaves, insté porque se deserrajaran con la mira de que siendo ropa de Señoras se quedasen, pero Abasolo cargó con ellos, y con la Petaca; y aquí concluyó mi violenta y dolorosa comision: nos encaminamos á la casa de Hidalgo, á quien saludé, y dije que havia cumplido con su orden, que me pasó en oficio del dia anterior, entonces me dijo así: *Tres dias aze que estoy aquí, y V. no ha querido honrar mi Mesa*, le contexté que no podía comer tarde, por quanto la asistencia al Coro no me dava lugar, á esto respondió, que ya por aquel dia no hiria al Coro, respectó á que heran las dos de la tarde; me quedé y entonces me contó que los Gachupines antes de su fuga haviam dejado envenenados los Licores y comestibles de sus tiendas que en aquella mañana haviam muerto muchos de sus soldados del Veneno: no lo creí, aunque callé, el caso fué que el dia antes havia indultado Hidalgo á algunos en sus Personas y bienes, pero no pudiendo sus satélites llevar en paciencia esta libertad, porque perdian el saqueo á que se tiraban con ardor, le hicieron creer el tal veneno, comprobándolo con algunos que haviam muerto esa mañana, así fué en efecto, pero estas muertes que no bajaron de diez fue como despues declaró un Medico efecto de la agitacion de aquellos malvados en el saqueo de una Pulperia en donde vevieron tanto que sin duda los ahogó el aguardiente, sin embargo los Europeos libres fueron presos nuevamente, y sus casas saqueadas y destruidas: fuimos á la Mesa, me sente junto á Allende, quien despues del cocido llevó un vaso de vino, y me dijo: *este licor estara bueno el es de estas tiendas; beba V.* Yo lo brindaba á que lo hiciera primero; pero no admitió y me instó á que yo lo hiciese, y despues el, no tube inconveniente, porque á mas de que no creí el tal veneno, havia observado que dos vecinos de allí pusieron los frascos del vino y eran mui amigos de Allende: tomé medio cortadillo y despues tomó lo restante: yo creo que esto fue una ten-

tativa para si me resistia á beber vino, y de aquí formar alguna inferencia. Se concluyó la Mesa, y yo me retiré á mi casa, siempre asustado, siempre lleno de temor y siempre esperando la muerte por momentos.

El día 20 como á las diez de la mañana comenzaron á salir de la Ciudad las Tropas de Indios, de modo que á las onze apenas quedaban algunos pocos, antes se havia marchado Hidalgo con los Dragones y otra porcion de tropa; en seguida el Regimiento de Valladolid, y como á las tres Allende con mas tropa; y solo quedó Aldama que salió como á las seis de la tarde con todos los caudales robados á la Clavería en donde se hallaban tambien depositados los del Rey: con todo cargaron aquellos ladrones dejando la Ciudad en la mayor cons ternacion, y casi desierta pues fue mucha la gente que marchó con ellos aunque despues fueron volviendo algunos. Quedamos desde entonces con el Gobierno de Anzorena, quien se titulaba Intendente Brigadier y Comandante de Armas: fixó este un Bando que llamaba de buen gobierno, no supe su contenido, y solo me dijeron que en el mandaba sesar el saqueo hizo juntar todas las puertas y ventanas mostradores y armazones de las tiendas de casas destruidas, en medio de la plaza, donde se les pegó fuego, cuyas llamas se levantaban sobre la altura de las Casas que parecia aquello un Infierno: Cesaron los saqueos públicos, es verdad, pero quedaron dentro de la Ciudad, unos quantos que fueron robando parcialmente las casas del Señor Obispo, y otras de Eclesiásticos ausentes: el que robó la del Señor Obispo, que fué un tal Gonzalez fue el mismo que dije antes hizo la acusacion contra mi en el Pueblo de Zinapéquaro, y á quien yo tube siempre por un espia secreto de mis acciones, y este se marchó á los cinco ó seis dias despues de la ida del Exercito grande de Insurgentes: se me pasaba decir que el dia que se fue Hidalgo, vimos salir escoltados de mucha tropa infinidad de mulas cargadas con Fardos, emboltorios, baules, caxones con plata labrada y hasta hombres que por delante llebaban tercios que acaso no pudieron vender allí: Salimos de aquellos tres dias de horror y espanto,

en que todo fue confusion, y desorden, y que no puedo explicar bastante; Yo vi desde mi casa robar las de Olarte, Castañon, Arana, y otras y si se trataba de impedirlo, como que se formaba tumulto yo quise ver si podia impedir el robo de una tienda en los vajos de un compañero que no estava lejos de mi casa; salí con ese intento, pero ya se havia formado tumulto: porque una guardia fué á impedirlo, las piedras llobian sobre mí y dos pobres cubriéndome con sus mantas me metieron por otra puerta á la misma casa hasta tomar la escalera; robaron la tienda; y unos generos que tenia arriba este compañero, tubo que hecharlos al patio porque querian forzar las puertas de la escalera: Este tumulto no pudo sosegarlo, ni el mismo Allende que salió á Cavallo y Aldama tambien, hasta que un Cañonazo los sosegó. Ablaré tambien del saqueo de una casa contigua á la mia; y aunque he dicho en otro papel que fué el 18 de Octubre no fue sino el 19 porque fué la Víspera de la ida de Hidalgo, y esto se verificó el veinte. Esta casa fue saqueada sin estrepito por primera vez: sacaron de allí lo mas precioso segun supe, y lo llevaron á los Ladrones principales bobbiendo á serrar las puertas: El dicho dia diez y nueve buelto yo á mi casa, sin salirme aun el susto de las piedras ya á boca de la oracion sentí un ruido de golpes espantosos por la azotea de mi casa, subí corriendo, y hallé que rompian á machetazos la Puerta de la Azotea de la expresada casa contigua á la mia¹ heran el torero Luna, y otros que me dijeron les haviam dado para ellos lo que havia quedado en la casa: casi de rodillas, y con las manos en ademán de ruego, les suplicaba que no formasen aquel ruido, que se retirasen, pero á todo respondian que no tubiese cuidado: bajé corriendo en busca de un capitan de ellos, que estaba abajo con una Guardia custodiando la tienda de mi casa, y la cochera, donde yo tenia dos coches del Sr. Barzenas que libérté, pero este tal Capitan se hizo á una con los ladrones, y entre todos hicieron el robo. Ya havia entrado bien la noche, y se empeñaron en sacar

Del saqueo de esta casa y cosas que recogí, di cuenta al Sr. Cruz en Papel que le presenté el 30 de Diciembre.

su presa por mi casa: me opuse con vigor, pero porfiaron me resistí, y entonces me vi atropellado en términos que toda mi familia se llenó de confusion hasta caer desmallada con un accidente una Señora esposa de un Europeo que yo tenia recogida en mi casa con su familia: me dijeron aquellos malvados que hera preciso salir por allí, porque estavan amenazados con pena de la vida, si al toque de la Generala no estaban en sus respectivos destinos: yo me encerré y á poco efectivamente tocaron la generala: corrieron aquellos con la mayor precipitacion, salí y ya no havia nadie, solo el Capitan cargado con una poca de Losa de China, que sin duda porque no la podia llevar me regaló; diciéndome estas expresiones, *hay le regalo Padre esa poca de losa por el susto que le he dado y encomiéndeme á Dios*: Yo le dije: *vaya V. que el Señor le dará el premio que merece*. Mandé serrar mi Puerta y al dia siguiente temprano subí á la azotea á ver aquel destrozo, y allí se encontraron varias cosas, que todo con la losa lo mandé guardar á la Ama para que no se tocara hasta entregar á su dueño como se ha verificado. Por último esta casa fué destruida. El día 20 por la mañana ohi desde la mia el ruido que estaban haciendo para arrancar puertas, y ventanas. Salí á uno de mis Balcones, y vi que ya empezaban á tumbar el Barandal del de junto, á la sazón pasaba por allí á caballo un tal Camarena Capitan, le grité y le supliqué contuviese aquella jente, así lo hizo, y puso quatro hombres con trabucos apuntando al Balcon, de que resultó que no lo arrancaron, se fuera la jente y vaciaron la casa: á estos quatro soldados di yo quatro pesos de gratificacion, algunas otras cosas recogí de otros individuos ya con ardidés, ya con algun corto sacrificio de reales, con el objeto de darlo á sus dueños como ha sucedido pero yo creo que estos buenos servicios, lejos de ameritarme, me han perjudicado, pues algunos me tratan de Ladron. Yo les perdono la injuria y dejo á Dios que opere segun sus altos juicios.

Dos meses seis dias duró el gobierno de Anzorena de los cuales hiré hablando por partes: como las casas destruidas, haviam quedado sin puertas, temeroso yo de la ocacion que estas

presentaban á los malvados para sus vicios, fui á ver á Anzorena, y fué la primera visita que le hice, le hablé en el particular, y me ofreció cumplir mi encargo, de hecho mandó tapear todos las Puertas; la segunda con dos objetos, el uno á suplicarle la libertad del Ayudante Parrilla que lo tenia en la Carzel que lo mandara á su casa donde se estaria escondido, ó cuando esto no fuese á un convento, no lo pude conseguir. El otro fue decirle que las calles estavan demasidamente inmundas que no se podia andar por ellas á causa de los excrementos de los Indios, que nos amenazaba una Peste sino se tomaba una providencia de limpiarlas quanto antes, y me dijo que la tomaria á la mayor vvedad. La tercera fue á pedirle una órden (esta me costó tres viages) para que los arrendatarios de unos cuartos de la casa de Correa adictos á capitales del Colegio de Santa Rosa, pagasen sus rentas, pues no querian hacerlo, diciendo que ya no se pagaba á nadie. Conseguí la órden, y logré por este medio hacerme de alguna ayuda para mantener aquel Colegio, que se hallava sin mayordomo por haverse fugado, sin dinero por que los Insurgentes se robaron tres mil pesos que el mayordomo remitió para socorro de estas, y Monjas; y sin poder cobrar un medio de reditos por estar todo entorpecido: y yo no pudiendo mirar con indiferencia la situacion triste de aquellas mis colegialas, me hice cargo de mantenerlas, valiéndome de todos advitrios que me sugirió la prudencia, como de facto lo verifiqué por el espacio de tres meses y medio supliendo bastante cantidad de mi propio dinero. Nada mas me ocurrió en aquellos dias hasta la gloriosa, y memorable Batalla de Aculco, en donde fueron derrotados y dispersos los Insurgentes y segunda entrada de Hidalgo en Valladolid.

No tengo presente la fecha del dia en que llegó allí la noticia de la Batalla de Aculco, lo que se es que fué de noche, que como á las siete y media estando yo en una bisita hoy tocar la Generala, en seguida la campana mayor de la Catedral, como de agonía de Canonigo, salí corriendo, y pregunté al paso á los criados de un compañero que estava enfermo, y me dijeron

que su amo no tenia mayor novedad, llegué á mi casa, y mandé cerrar las puertas, toda la Ciudad estava alborotada, y Pasamos la noche en un continuo sobresalto. A la mañana siguiente observé dentro del lugar infinidad de Indios, y otros que no lo heran, todos armados, á pie, y á cavallo, y al hirme á la Cathedral pregunté que qué campanadas havian sido aquellas? y me dijeron que hera una seña que Anzorena tenia dada á los Indios y demas Gentes para que se juntaran luego que la olleran, á los dos dias se retiraron los indios, y nos quedamos en el mismo silencio, á unos quantos, no tengo presente la fecha, pero hera bien entrado el mes de Noviembre, fue sabado, saliendo de mi casa como á las ocho de la mañana, me encontré con el Sargento mayor D. Manuel Gallegos nos paramos á conversacion, y le dije así: *Paisano las tropas del Rey vienen precisamente ahora con la derrota de Aculco; estoy ya que los dias se me hacen siglos y yo me voy á recibirlos al camino: entonces me dijo: yo tambien voy con V. nos pondremos de acuerdo, y nos haremos: me fui al Coró, y allí hoy decir que aquella madrugada como á las tres havia entrado Hidalgo, dije yo entonces ¡Que ocacion esta para coger este picaro, si aqui huviera hombres! Se acabó el Coro, volví á mi casa y á corto rato salí con destino de ver una Señora cuio marido havia muerto esa noche, al paso por frente la Puerta de la Haceduria me encontré con los Señores Conde de Sierra Gorda, Silba, Corral y otro que no tengo presente, y me dijeron: *Ahí está Hidalgo; vaya V. que ya nosotros lo hemos visto no susoda lo que la vez pasada: fui lo saludé, ya no hablé mas palabra con él, porque al instante lo llamaron unos y se lo llevaron á un testero de la Sala, donde estuvieron secreteando estaria yo menos de un quarto de hora y me despedí: havia en la casa desde la puerta del saguan como unos doce hombres armados con escopetas, y trabucos hasta la puerta de la Sala y unos ocho en el patio tambien armados, pero sentados unos, y otros echados: al salir yo encontré en el Portal una Guardia como de sesenta hombres todos con fornituras y Fusiles con Bayonetas, Tambor y un Capitan que decia al Sentinela de la**

Puerta: á nadie se deje entrar aquí sin avisarme y al que porfiare pasarlo con la Balloneta: me fui á mis ocupaciones y ya como al medio dia empesaron á entrar Quadrillas de Gente á cavallo; por la tarde mucha mas, y así sucesivamente; de modo que á los dos dias, ya no se entendia aquello de Gente, y Pueblos de Indios con sus Banderas y tambores. ¹ Al dia siguiente que fué Domingo, ya se havia mudado al Palacio Episcopal; Estubimos á verlo los capitulares presididos del Sr. Conde; nos pidió dinero; se le dijo que no havia: yo instauré diciéndole que aun para las Mesadas del Sr. Gomez Limon que le havia llevado tres dias antes, havia costado trabajo juntar los un mil cien pesos de ellas; no me miró con buena cara; instó diciéndole que en calidad de prestamo, á esto repuse que ni aun así porque no lo havia; los demas Señores dijeron lo mismo, y nos despedimos, despues supe que se le haviam dado seis mil pesos, pero no sé quien ni quando, porque yo caí enfermo al dia siguiente por la noche. En el mismo por la mañana como á las onze estube á verlo con intencion de pedirle el seguro de la persona de Don Simon Gochicoa que se hallaba en el Pueblo de Ario, pero no me dió lugar porque al entrar yo por la puerta del Salon me puso una cara mui desagradable, llegué serca de él, y le dije que no hiva mas que á saludarlo siguió con su misma cara indigesta y ni aun me contestó, con lo que me salí: ya se deja entender como saldria yo de allí, y con tantos antecedentes en mi contra. Esa noche lunes como á las nueve llegó á mi casa un clérigo honrado y virtuoso, me llamó aparte y me dijo, con los ojos llenos de lágrimas ya oiria vd. señor que ayer se sacaron de la cárcel como cuarenta y tres presos para la fábrica, díjele es verdad, pues á éstos en la madrugada de hoy los llevaron á una barranca y los han degollado, y yo ya turbado le dije que no se podia creer semejante atentado, á esto me contestó que él lo habia ohido decir por contingencia al mismo Padre Soria que los fue auxiliando, y á mas

¹ Supe que Anzorena desde la hora que entró Hidalgo despachó postas á toda la comarca pidiendo auxilio á la mayor vriedad y que toda fuese gente armada y llamó tambien los pueblos de Indios.

que tenian pena de la vida los que lo declararan, me añadió que me havia hido adar aquel mal rato porque conocia que yo havia de hacer algunos sufragios por aquellas Almas, como el lo haria tambien: se fué este Sacerdote, y me dejó el corazon traspasado. No me dió mal rato sino malos dias, pues esa misma noche caí enfermo con unos movimientos convulsivos: que á las seis de la mañana fue necesario el Medico, y mandé preparar ami confesor; tal fue la sensacion que hizo en mi aquella crueldad inaudita, y cuia enfermedad se me ha radicado casi en todos los movimientos de la Luna, quatro dias estube en cama, y aun permanecia allí Hidalgo: El Jueves por la tarde hoy un gran repique y me dijeron que hera por la toma de Guadalajara, el Viernes huvo Misa de gracias en la Cathedral, á que asistió Hidalgo, segun me dijeron porque yo no salí á la calle hasta la noche á lo que diré.

Ya dije antes, que el Lunes fuí á ver aquel monstruo con el objeto de pedirle el seguro del Europeo D. Simon de Gochicoa, y lo que me pasó, ese mismo dia Viernes un Cuñado de dicho Gochicoa, le havia sacado un Indulto mui amplio que el mismo me entregó con este motivo, y desconfiando yo de los Indultos de aquel tirano porque algunos dava hoy y quitava mañana, por la noche bien abrigado fuí á verlo, llevando conmigo tres hijos tiernos de Gochicoa dos varones y una hembra, se los presenté para que le dieran las gracias por la libertad de su Padre, suplicándole yo de nuevo que se doliera de aquellas tiernas criaturas, á que me contextó que no tubiera cuidado, que nadie se meteria con él, entonces hablandome al paño me dijo así: quando entré en Valladolid la primera vez no quiso V. acompañarme á cavallo en mi entrada, y me desairó, díjele entonces que no me haviam llevado el cavallo, respondió, pues bien mañana me boy y quiero que V. salga á dejarme por hay cerca, representele mi enfermedad, y me dijo que eran pretestos por no acompañarlo, ya me fue preciso condescender porque añadió que yo estava empeñado en desairar su persona, y que ignorava el por qué. Salí, dejé los niños en casa y pasé á reconciliarme: ala mañana siguiente sabado como á

las ocho subí á cavallo y marché á su casa, no perdí tiempo á pesar de mi susto para suplicarle por la libertad de un Don Fernando Ximenez Europeo, que haviendolo dejado libre en su primera entrada, en la segunda lo mandó prender, le porfié vastante, pero no me quiso hacer la gracia (á la familia de este Ximenez estube yo dando un real diario para Pan durante su prision.) Salimos como á las diez de la mañana, y como la intencion de aquel malvado hera bejarme y oprimirme, ni aun su lado me dió, el subió á cavallo; y acomodó á sus dos lados sus Brigadieres, Coroneles &c, y yo donde pudiera, assi fuimos hasta la salida de la Calzada que llaman de Chicaquaro, donde creí que huviese destacado dos Asesinos, para que me sepultasen en la misma Barranca donde fueron los degollados, pues allí iba uno que llaman Muñiz, y fue el executor de las muertes: no fue así, sino que bolviendose ami me dijo ya puede V. retirarse, me vine y ya havia caminado como dos Quadras quando vi venir tras mi á gran galope un hombre que á poco conocí que hera Muñiz, nuevo susto y nueva affixion, por fin me saludó pasandose de largo: llegué á mi casa todo espavorido dando gracias á Dios de que por entonces havia escapado mi vida.

Se fue aquel infame, y quedamos de nuevo lidiando con el buen Anzorena: Este tenia sus espías para que observasen el que hablara mal de Hidalgo y á favor de las tropas del Rey; el que caí hera preso al instante sin remedio, no se podia hablar con libertad, y hera preciso mucha confianza del sugeto con quien se hablava: yo en mi casa y entre mi familia declamaba contra aquella opresion, y decia muchas veces á mis Gentes; que Hidalgo jamas saldria con su intento, y sacava el exemplar de la Provincia de Quito, que despues de haverse derramado mucha sangre, al Cabo los Facciosos rindieron las Armas: no me podia contener, y en la Mesa hacia estas conversaciones con ardor: No dejó de costarme un mal rato mi precipitacion, pues un cochero que despedí dijo á los otros criados, que ya yo lo havia despedido, el se hiria á servir á Señor Hidalgo, y le contaria todo quanto yo hablaba en la Mesa con-